

**Oriens Christianus Arabus:
Apocrypha biblica & Anecdota extra
Biblia ex arabo in lingua hispana translata**

Apócrifos árabes cristianos. Edición, introducción,
traducción y notas de Juan Pedro MONFERRER-SALA
(Madrid: Editorial Trotta, 2003), 338 pp.

Ángel URBÁN
Universidad de Córdoba

He aquí una cuidadosa edición que viene a cubrir una laguna en el ámbito de la lengua española. No se trata de un *corpus* que recoja todos los textos apócrifos, hagiográficos y legendarios árabes conocidos hasta el momento, empresa para la que se necesitarían varios volúmenes, sino de una selección, que el autor ha sabido hacer con criterio y método. Sin embargo, el lector puede estar seguro de tener con este libro una aproximación ajustada, y razonablemente amplia, sobre lo que ha representado el mundo bíblico en la producción cristiana árabe.

Los apócrifos árabes cristianos no son del todo desconocidos para el lector español. Numerosos son los relatos que se encuentran, aunque dispersos o formando parte de otros traducidos de diferentes lenguas antiguas (griego, latín, siríaco, copto —bohairico o sahídico—, armenio, etíope, eslavo, etc.) en ediciones de apócrifos del AT y NT en general. Y esto no sólo en español, sino también en otras lenguas occidentales. El hecho de que se le haya prestado atención, aunque fragmentaria, en las numerosas ediciones de relatos y libros apócrifos ponen de relieve la importancia de esta literatura en la historia del cristianismo oriental. De hecho, esta literatura, forma parte de otra más extensa —teológica, bíblica y exegética, sin olvidar el ámbito hagiográfico y legendario—, que está siendo cada vez más estudiada científicamente y, en consecuencia, más ponderada y valorada. En este marco de interés y de estudio debe colocarse la presente edición antológica de textos apócrifos árabes, la primera que se hace en España.

Su editor y traductor, el Prof. Monferrer-Sala, es precisamente uno de los estudiosos españoles —entre los más jóvenes, por cierto— que conocen con mayor profundidad la literatura cristiana árabe, a la que dedica mayor espacio en su investigación. Prueba de ello es su copiosa producción científica, que gira no sólo en torno a la lengua árabe antigua y a la evolución e impacto histórico y socio-cultural de su literatura, sino también, y de modo muy especial, en torno a la edición y análisis de fuentes manuscritas. Es, pues, para el lector una garantía, en la que puede basar su confianza, de que la obra ha sido tratada por un experto de la lengua y un investigador, al día en la materia. Su clara y fluida traducción y las oportunas notas a pie de página, aparte de la estupenda introducción, guiarán al lector en su recorrido por esos textos que, si bien es cierto que nos trasladan a una cultura diversa de la nuestra, también es verdad que, salvando siempre las distancias, se muestran en gran medida muy cercanos a nuestra cultura cristiana occidental. Lo que no podría ser de otra manera, dado que en ambas culturas subyace como fuente común el texto bíblico.

El autor ha distribuido la obra en seis secciones, ofreciendo en cada una —de modo sistemático, con gran equilibrio— dos ejemplos de relatos: apócrifos veterotestamentarios (1. El libro de las revelaciones y 2. Moisés habla con Dios en el Sinaí), neotestamentarios (1. Historia de José el Carpintero, y 2. Evangelio árabe de la infancia), apocalípticos (1. Apocalipsis de Baruc y 2. Testamento de Jesús sobre las invasiones de los mogoles), hagiográficos (1. Vida de san Esteban diácono y 2. Martirio de Ananías), leyendas (1. Jesús y el rey de Tiro y 2. Milagro de la Virgen María), y hechos y epístolas (1. Historia de Felipe apóstol y 2. Correspondencia entre el rey Abgar y Jesús). De este modo ofrece al lector “una descripción puramente genérica, pero abierta al mismo tiempo a las diversas tipologías que convergen en los diversos textos” (p. 47). En cada sección se tiene así dos modelos significativos, suficientes para entrar en contacto no sólo con el contenido, sino también con el género y la técnica literaria.

Pero, además, desde el punto de vista de la tipología lingüística de los relatos seleccionados, el autor quiere dejar constancia expresa de que se trata de un tipo lingüístico común, con un mismo registro, aquél conocido como *árabe medio*, “un tipo lingüístico de tendencia culta pero que plasma una serie de irregularidades de distinta factura que

dan muestra del nivel de lengua de una determinada comunidad, lugar y tiempo” (p. 51).

Respecto a la traducción de los textos escogidos en esta antología conviene hacer hincapié en el hecho de que todos han sido traducidos directamente de la lengua árabe. Este dato diferencia la presente edición de muchas otras en que para los textos árabes (o a veces también para otras lenguas orientales) el copilador se ha basado en traducciones en otras lenguas europeas, lo que es normal y lógico en una compilación de textos provenientes de lenguas tan dispares (griego, latín, árabe, copto... etc.). Es lo que se observa en numerosas ediciones de apócrifos cuando éstas están hechas por un único editor (cf., por ej., las más recientes ediciones italianas, como la de Erbetta,¹ o la de Craveri²). El mismo A. de Santos Otero confesaba en el *Prefacio* de su preciada edición³ que “al tratarse de textos coptos o árabes, fenómeno muy raro, no nos ha sido posible ofrecer una versión directa; en este caso hemos procurado servirnos de las mejores traducciones críticas, cotejadas entre sí” (p. VIII). Se refería, sin duda, a los “Agrapha de origen musulmán” (pp. 120-122), que traduce a partir de la versión latina publicada por M. Asín Palacios;⁴ al texto del “Evangelio árabe de la Infancia” (pp. 309-338), uno de los más divulgados en todas las ediciones (de redacción original siriaca, como demostró el bolandista P. Peeters,⁵ a partir de la trad. latina de Tischendorf⁶ y de la francesa de Peeters⁷; el texto de la “Historia de José el Carpintero” (pp. 341-358), a partir de la trad. alemana de Morenz⁸ cotejada con la más antigua de Peeters.⁹

¹ Mario ERBETTA, *Gli apocrifi del Nuovo Testamento*, 4 vols. (Casale Monferrato, 1975-1981).

² Marcello CRAVERI, *I Vangeli apocrifi* (Torino, 1969, 1990).

³ Aurelio de SANTOS OTERO, *Los Evangelios Apócrifos* (Madrid: BAC, 1956, ²1963). Esta edición tiene el valor dar una excelente información bibliográfica y de reproducir, junto a la traducción española, los textos griegos y latinos.

⁴ M. ASÍN PALACIOS, “Logia et Agrapha apud Moslemicos scriptores, asceticos praesertim, usitata”, *Patrologia Orientalis* (1916 y 1926).

⁵ C. MICHEL - P. PEETERS, *Évangiles Apocryphes II: L'évangile de l'enfance. Rédactions syriaques, arabes et arméniennes traduites et annotées* (Paris, 1914).

⁶ C. TISCHENDORF, *Evangelia Apocrypha* (Leipzig, 1853, ²1876), pp. 181-209.

⁷ C. MICHEL - P. PEETERS, *Évangiles Apocryphes...*, II, pp. 1-65.

⁸ R. MORENZ, *Die Geschichte von Joseph dem Zimmermann (aus dem Bohairischen und Sahidischen) übersetzt, erläutert, und untersucht*. «TU» LVI/5 (Berlin, 1951).

⁹ C. MICHEL - P. PEETERS, *Évangiles Apocryphes...*, I (Paris, 1911), pp. 191-243.

Era normal, sin embargo, una concesión en la traducción propia no sólo del trasvase de cultura, que conlleva sus propias expresiones idiomáticas, sino también del largo arco cronológico que nos separa. De ahí que el autor diga que “la lengua de los textos originales se ha adaptado en todo momento a las necesidades del español... tratando de reflejar fielmente el pensamiento del original” (p. 52).

La breve trayectoria de los textos apócrifos neotestamentarios en España va unida a dos ediciones importantes: la de González-Blanco¹⁰ y la de Santos Otero.¹¹ La de Díez Macho¹² sólo incluye hasta el momento los apócrifos del AT. No menciono, obviamente, otras ediciones que carecen de comentarios y notas, y a veces hasta de bibliografía, y que no dan cuenta de las fuentes usadas, como tampoco menciono las ediciones de textos separados.¹³ Paralela a las dos ediciones españolas citadas habrá que poner ya esta edición de Juan Pedro Monferrer referida exclusivamente a textos árabes. Es la primera vez, como dije antes, que se edita en España una obra semejante, y aunque aquí se ofrezca solamente una selección de textos, es, sin duda, una obra que no demercedá ante un proyecto mayor que reúna todos los textos apócrifos árabes dispersos en Mss. Por otra parte, tampoco es la primera vez que el autor afronta ediciones de textos apócrifos bíblicos comentados y traducidos directamente de manuscritos árabes. Ya lo hizo, con gran solvencia, en la edición de dos obras, que recensé en otro lugar:¹⁴ un apócrifo veterotestamentario sobre Adán y Eva¹⁵ y otros dos Mss apócrifos árabes,¹⁶ uno de la British Library (que contiene 1 Esdras) y otro del Escorial (con Hechos de los Apóstoles), que el autor editó en texto bilingüe —árabe-español— con magnífico comentario. Otros textos más breves han sido publicados por el autor, también en edición bilingüe (árabe-español), traduciéndolos siempre directamente de Mss

¹⁰ E. GONZÁLEZ-BLANCO, *Los Evangelios Apócrifos*, 3 vols. (Madrid: Librería Bergua, 1934).

¹¹ Cf. *supra*, nota 3.

¹² Alejandro Díez Macho (ed.), *Apócrifos del Antiguo Testamento* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1984 ss).

¹³ Como el de José M. Bover, *La Asunción de María* (Madrid: BAC, 1947).

¹⁴ Ángel Urbán, en *Estudios Bíblicos* 60 (2002), pp. 128-132.

¹⁵ Juan Pedro Monferrer-Sala, *Historia de Adán y Eva (Apócrifo en versión árabe)* (Granada: Athos-Pérgamos, 1998).

¹⁶ Juan Pedro Monferrer-Sala, *Scripta arabica orientalia: Dos estudios de Literatura Árabe Cristiana* (Granada: Athos-Pérgamos, 1999).

árabes, en publicaciones diversas, como la leyenda del rey Abgar,¹⁷ cuya traducción vuelve a reproducirse en el libro que aquí comento, hecha sobre los Mss Vat. ar. 51 y 174; British Add. 9965; y el Kitāb al-Unwān según la edición de A.A. Vasiliev [en *PO* 7 (1911), pp. 473-477]. Es el caso también del “Martirio de Ananías” (pp. 265-269), que el autor tradujo de un Sinaxario conservado en la British Library (Ms Add. 9965), y que publicó hace unos años.¹⁸ O el del “Milagro de la Virgen María” (pp. 283-290), que el autor editó a partir de una copia del texto árabe, hecha en 1719 y conservada en la Bibl. Vaticana.¹⁹ Esta experiencia del autor puede ser, más que ninguna otra prueba, la garante del conocimiento y seriedad con que se ha afrontado la presente edición.

Unas veces, el autor ha traducido del texto árabe a partir de un *codex* o manuscrito ya editado, usando en este caso las mejores ediciones, como son las de M.D. Gibson, B. Battista - B. Bagatti, M.E. Provera, F. Leemhuis - A.F.J. Klijn - G.J.H. van Gelder, J. Ziadé, Yassā Abd al-Masīh - A. Khater, M. van Esbroeck, etc. Otras veces, sin embargo, la traducción se ha hecho directamente de un Ms inédito, como en el caso de la “Conversación de Moisés con Dios en el monte Sinaí” (pp. 121-125), relato inspirado en Ex 34,4-10 y 33,18-23; o los relatos citados anteriormente (“Martirio de Ananías”, “Milagro de la Virgen María”, y la “Leyenda del rey Abdaro”).

No es necesario tratar aquí de la importancia de los apócrifos ya sea en la cultura occidental como oriental y, en concreto, en el mundo árabe. Para nosotros, occidentales que miramos como espectadores lejanos al mundo oriental, los textos apócrifos árabes nos abren a una importante experiencia de transmisión y recepción “que el cristianismo árabe realizó de todo el inmenso y rico legado literario-religioso de las comunidades cristianas antes de la llegada del islam y la posterior y progresiva arabización de dichas comunidades, fundamentalmente la bizantina, la siríaca (con sus dos modalidades, occidental y oriental) y la copta” (p. 52). Es indudable, por otra parte, el importante papel que

¹⁷ Juan Pedro MONFERRER-SALA, “La ‘leyenda del rey Abgar’ contenida en un manuscrito árabe oriental del siglo XVI”, *Archivo Teológico Granadino* 62 (1999), pp. 107-140.

¹⁸ Juan Pedro MONFERRER-SALA, “El ‘matirio de Ananías’ en el Sinaxario del patriarca melquita antióqueno Makāriyūs b. al-Za’īm”, *Archivo Teológico Granadino* 64 (2001), pp. 129-150.

¹⁹ Juan Pedro MONFERRER-SALA, “U ‘yūbat Marta Maryam según un manuscrito árabe copto”, *Alfinge* 10 (1998), pp. 209-234.

juegan las narraciones apócrifas como origen de numerosas tradiciones en el cristianismo. Muchas de ellas han quedado plasmadas en una iconografía que se nos ha hecho ya tan familiar que con frecuencia conviven en armonía, sin problemas, como algo complementario, con aquellas tradiciones que emanan directamente de los textos bíblicos. Pero, además, nos revelan la gran capacidad inventiva de aquellas comunidades que, en la construcción de sus leyendas, sabían poner el suficiente colorido novelesco.

No hay duda de que los tres textos principales de esta antología, no sólo por su contenido, sino también por su extensión, son “El libro de las revelaciones” (pp. 61-119), el “Evangelio árabe de la infancia” (pp. 153-182), y el “Apocalipsis de Baruc hijo de Nerías” (pp. 185-228).

El primero es un texto que se asemeja en el género, aunque con menos rigor metódico y de información, a los tratados medievales que narran brevemente la historia de los grandes personajes bíblicos, desde Adán hasta Jesús, pasando por los patriarcas. Recuérdense, por ej., el anónimo “De ortu et obitu patriarcharum” (c. 780), o el de Isidoro de Sevilla, “De ortu et obitu patrum”. Tal vez incluso con la misma finalidad: dar a conocer esquemáticamente los grandes personajes que preceden a Jesús y a la primera comunidad apostólica, aunque en el texto árabe parece que se hace más hincapié en el entronque que tales personajes tienen con la persona de María: “El fin último de la obra es poner de manifiesto la línea genealógica de la Virgen María y para ello no duda en reflejar y expandir episodios veterotestamentarios que engarzan el principio y el final de este texto de claros tintes mariológicos” (p. 47).

El segundo, el “Evangelio árabe de la infancia”, lo dio a conocer en traducción latina H. Sike,²⁰ un erudito alemán que descubrió el texto árabe en la biblioteca del lexicógrafo J. Golius. Junto a este Ms, que se encuentra actualmente en la Bodleiana de Oxford (Cod. Or. 350) y que usaron en sus ediciones Fabricius,²¹ Thilo²² y Tischendorf,²³ puede ponerse otro Ms árabe, datado en 1299, que actualmente se encuentra en la Laurenziana de Florencia (Cod. Orient.

²⁰ H. SIKE, *Evangelium Infantiae vel liber apocryphus de infantia Salvatoris, ex manuscripto edidit ac latina versione et notis illustravit* (Traiecti ad Rhenum, 1697).

²¹ J.A. FABRICIUS, *Codex Apocryphus Novi Testamenti*, I (Hamburg, 1703, ²1719), pp. 168-212.

²² J.C. THILO, *Codex Apocryphus Novi Testamenti*, I (Leipzig, 1832), pp. 63-158.

²³ C. TISCHENDORF, *Evangelia Apocrypha* (Leipzig, 1852, ²1876), pp. 181-209.

32), además de los Mss siríacos, uno de ellos publicado por E.A.W. Budge, y otro perteneciente a la Real Sociedad Asiática de Londres. Y no hay que olvidar tampoco el Ms de la Bibl. Vaticana (Cod. Sir. 159) que reproduce el texto en árabe y siríaco. Por haberse transmitido en ambas lenguas se le suele denominar *evangelio árabe-siríaco*, y representa un desarrollo del Protoevangelio (la publicación que el jesuita Guillaume Postel hizo en 1552, en traducción latina, de uno de los Evangelio de María)²⁴ y del Pseudo-Tomás, ambos compuestos probablemente en el s. VI, aunque hay quienes sostienen que no son posteriores al s. IV. Uno y otro, por otra parte, acusan un gran influjo de Mateo y de Lucas, aunque no sigan fielmente los modelos griegos. Con frecuencia tropezamos con narraciones más o menos conocidas en las que se incrustan elementos nuevos, o con narraciones totalmente autónomas, coloreadas casi siempre con trazos que evocan leyendas orientales: la curación de una novia que se quedó muda (11); la curación de una endemoniada en la que el demonio adopta forma de serpiente (12); la historia de un mulo (16); la transformación de unos niños en cabritillos (31). Y así, particularmente el bloque de narraciones 9-34. Numerosas son las relaciones —inesperadas casi siempre— entre los episodios y los personajes, como, por ejemplo, la narración del prepucio y su relación con el frasco de perfume de nardo de María la pecadora (6); los ladrones que José y María encuentran por un camino y los que fueron crucificados con Jesús (18); la relación de Jesús con Judas Iscariote desde su infancia y, aún más, la relación entre el costado de Jesús, lugar en que penetró la lanza cuando fue crucificado y lugar donde el niño Judas-endemoniado da un golpe a Jesús, también niño (27); la identificación del apóstol Tomás con la de un niño curado en la cuna de Jesús (23); o la relación entre Nicodemo y el hijo de la viuda de Naín (34). Son relaciones que delatan el afán de crear un único mundo en que todo está profundamente interrelacionado.

Entre todos los personajes sobresale el de María, la madre de Jesús, y su extraordinario papel de mediación entre Jesús (niño) y los

²⁴ G. POSTEL, *Proteuangelion, seu de natalibus Iesu Christi et ipsius matris Virginis Mariae sermo historicus divi Iacobi Minoris. Evangelica historia quam scripsit B. Marcus. Vita Marci evangelistae collecta per Theodorum Bibliandrum* (Basilea, 1552), pp. 24-70 (versión latina). El original griego, que pronto tuvo una segunda edición, fue publicado con fecha posterior por M. NEANDER (= NEUMANN), *Apocrypha..., inserto etiam Proteuangelio Iacobi graece, in Oriente nuper reperto...* (Basilea, 1564, ²1567).

personajes del relato, una mediación que hace de María una verdadera protagonista de “lo maravilloso”, y que deja ver el grado de veneración y devoción que tuvo en las primitivas comunidades árabes cristianas. Hay que destacar que de 43 relatos que componen el evangelio de la infancia, tan sólo 9 (cf. los relatos 1, 27, 30, 32, 35, 37, 40, 42 y 43) no contienen una referencia —más o menos explícita— a María. El papel mediador de María en estos relatos es claro, y es todo lo contrario a lo que sucede con la figura de José, que aparece un tanto distante de Jesús, quien lo llama “José”, no padre, y un tanto desgraciado, a quien Jesús tiene que sacar de apuros (cf. relato 30). En resumen, parece más bien un evangelio en el que los milagros tienen sobre todo la intención de manifestar la eficaz intercesión de María: un pequeño tratado cristológico-mariológico. No es extraño, pues, que una de las dos redacciones siríacas haya insertado el texto en una *Historia de la Virgen María*, el texto que Budge descubrió cerca de Mossul y editó poco después.²⁵ Es significativo cómo en el relato del niño Judas Iscariote (27), que ya de pequeño aparece como endemoniado, no es María la que lleva al niño Jesús para que juegue con Judas, sino Santiago y José. Por su parte, el Jesús del evangelio apócrifo árabe aparece con frecuencia como un niño presuntuoso, colérico e intratable, siempre dispuesto a manifestar su superioridad y su poder —poder que emana incluso de sus pañales, de su cuna, del agua en que ha sido bañado, o de todo aquello que ha estado en contacto con él—, recurriendo al milagro para remediar sus travesuras o para confundir a los presentes, humillando o dejando en ridículo a sus propios compañeros de juego y al mismo torpe y confuso, a veces trastornado, José, a quien nunca llamará “padre”, sino simplemente “José”. A veces, hasta se muestra vengativo, no consintiendo que nadie se burle de él o lo deje en mal lugar, para lo que recurrirá al milagro o al castigo. Son relatos, en fin, que nos descubren no sólo la extraordinaria capacidad inventiva de la comunidad cristiana que los originó, sino también el interés de armonizar hechos y personajes, de envolverlo todo en un “orden”, en una especie de único *cosmos*, en una unidad que actúa como una tela de araña en la que se entrecruzan todos los hilos.

²⁵ E.A.W. BUDGE, *The History of the Blessed Virgin Mary and the History of the Likeness of Christ*, Luzac's Semitic Text and Translation Series IV/5. 2 vols. (London, 1899).

Consecuencia del carácter “maravilloso” de los relatos es el género literario, mítico, de las metamorfosis: un joven, convertido en mulo mediante un filtro amoroso, vuelve a su estado original de hombre (16); animación de figurillas de arcilla como si fuesen animales reales (28); niños transformados en cabritillos y vuelta a su forma primitiva (31). Y a este rango de pura transformación se reduce incluso el relato de la conversión del agua en vino en la boda de Caná (36), calcado de Jn 2,1-11, pero con sus símbolos descodificados.

No es segura la fecha de composición de los originales árabe y siríaco del evangelio de la infancia. Parece acertado fijar como término extremo la mitad del s. VI cuando hay constatación de una traducción siríaca de la *Historia Lusiaca* de Palladio, cuyo relato sobre una jovencita transformada en mula por un sortilegio parece haber inspirado el relato 16 del evangelio apócrifo.

El tercero de los textos importantes de esta edición es el “Apocalipsis de Baruc hijo de Nerías”. Se trata de un texto dividido en 87 apartados, en parte mesiánico, en parte apocalíptico, lleno de símbolos que van repitiéndose *in crescendo* a lo largo del extenso relato. Baruc presenta las revelaciones que Dios le va haciendo sobre el final de los hijos de Israel; la destrucción de Jerusalén y el Templo; el lento proceso destructor de la última etapa de la historia en que inserta la bellísima visión simbólica del bosque y la cepa, que luego explica en sus particulares (36 ss); la pregunta sobre el momento concreto del final de los tiempos y sobre la resurrección de los cuerpos; la visión del ángel Rafael y el símbolo de la inmensa nube que cubre la tierra derramando sus aguas en doce hitos simbólicos diferentes; y los últimos apartados de carácter exhortativo. Es bien conocido el auge del género apocalíptico en ambiente judaico a partir del s. II a.C. y el influjo que ejerció en épocas posteriores en diferentes ambientes cristianos (cf. los apocalipsis de Pedro, Pablo, la Carta de los Apóstoles, o los Hechos de Pedro, de Andrés, o de Tomás), donde algunas comunidades seguían preguntándose todavía por el momento del fin de los tiempos y los signos que le acompañarían, como la preocupación que acompañaba a los discípulos en Mc 13. Los descubrimientos de Nag-Hammadi en 1945, con textos coptos del s. IV, nos ponen en la pista del largo influjo en Oriente de dicho género literario, en el que se entrecruza con frecuencia el género de las puras revelaciones. En rigor, “apocalipsis” significa “revelación”. El Prof. Monferrer nos advierte que es el “*unicum*

arabicum conocido de esta obra”, encontrada en 1974 en el Monasterio de Santa Catalina (*Sinaiticus Arabicus 589*), y editada más de una década después.²⁶ Nos advierte también sobre la traducción que ofrece, la cual “ha tenido en cuenta el texto siríaco, que ha sido empleado para llenar las lagunas del texto árabe, así como para colacionar algunos pasajes divergentes de aquél” (p. 49).

A pesar del gran material existente en lengua árabe, pocas son, sin embargo y si no me equivoco, las ediciones compilatorias de textos apócrifos, en contraste con las existentes en lenguas occidentales (español, alemán, italiano, francés, inglés, etc.). De hecho, desde que en el primer cuarto del s. XVIII publicara J. Jones su apologética colección de apócrifos,²⁷ sin otros fines que mostrar sus falsedades frente a la autenticidad de los canónicos, el panorama ha ido cambiando por completo. El s. XIX, ya desde un principio, se puebla de numerosos estudios que coinciden en el principal propósito: profundizar rigurosa y críticamente en los textos. Pueden recordarse, entre otros, los nombres de A. Birch,²⁸ quien edita por primera vez la “Declaración de José de Arimatea”; J.C. Thilo,²⁹ que da a conocer el Pseudo-Mateo latino; y sobre todo C. Tischendorf,³⁰ que con los Mss griegos y latinos de que disponía en su momento supo construir, en los tres volúmenes que publicó, un valioso y modélico aparato crítico, contribuyendo así a tratar con seriedad el estudio de los apócrifos, pero también a poner en el mismo ámbito que los evangelios apócrifos los relatos de Hechos y otros del género hagiográfico.

El s. XX, desde un principio, fue definitivo no sólo para consolidar la base metodológica del estudio, sino también para la progresiva investigación en bibliotecas y archivos. Ello aumentó considerablemente el material apócrifo, sobre todo de proveniencia oriental. Notables son los estudiosos que podrían ponerse en primera fila, pero seré más comedido. Comenzando por los apócrifos árabes,

²⁶ F. LEEMHUIS - A.F.J. KLIJN - G.J.H. VAN GELDER, *The Arabic Text of the Apocalypse of Baruch*. Edited and translated with a parallel translation of the Syriac Text (Leiden: E.J. Brill, 1986).

²⁷ J. JONES, *A new and full method of settling the canonical authority of the New Testament*, 3 vols. (Oxford, 1726).

²⁸ A. BIRCH, *Auctarium codicis apocryphi Novi Testamenti Fabriciani*, I (Copenhagen, 1804).

²⁹ Cf. *supra*, nota 22.

³⁰ C. TISCHENDORF, *Acta Apostolorum apocrypha* (Leipzig, 1851); *Evangelia Apocrypha* (Leipzig, 1852, ²1876); y *Apocalypses apocryphae* (Leipzig, 1866).

nunca podrá olvidarse la obra de Smith Lewis,³¹ ampliada luego con otros textos.³² La edición de M. Asín y Palacios se refería exclusivamente a la colección de *logia* y *agrapha*, que publicó en dos tomos.³³ Más abundantes han sido las publicaciones en otras lenguas orientales, como las siriacas de Wright³⁴ y Smith Lewis,³⁵ o las publicaciones de apócrifos coptos del NT de Robinson,³⁶ E. Revillout,³⁷ o la de E.A.W. Budge.³⁸ Numerosas han sido, sin embargo, las ediciones de textos aislados, en continuo crecimiento — dado el auge de los estudios sobre el cristianismo oriental— a medida que se van editando los innumerables Mss y fragmentos que los estudiosos van encontrando continuamente en las bibliotecas. Se ha creado incluso una sociedad para el estudio de los textos apócrifos,³⁹ así como una revista científica, especializada en los estudios de apócrifos, que acoge resultados de la investigación internacional.⁴⁰

Este breve *flash* histórico sirva solamente para encuadrar de algún modo la obra que comento en el panorama de las publicaciones de textos apócrifos. Es en la enjundiosa introducción de 58 págs. donde el Prof. Monferrer sitúa al lector ante el panorama de las comunidades cristianas en el mundo oriental. En el primer apartado (I. *Oriens christianus*), recuerda sus distintas iglesias y principales hechos históricos que han configurado a cada una desde el punto de vista ideológico en su posición teológica (iglesias calcedonianas y anticalcedonianas), así como el papel de las iglesias de lengua árabe en todo este amplio panorama: la iglesia siríaca, con Antioquía como centro; la copta, con Alejandría como centro difusor de todo Egipto; la

³¹ A. SMITH LEWIS, *Apocrypha Arabica*, Studia Sinaitica (Cambridge, 1902).

³² En *Horae Semiticae* 3,4 (1904).

³³ Cf. *supra*, nota 4.

³⁴ W. WRIGHT, *Contributions to the Apocryphal Literature of the New Testament collected and edited from Syriac Manuscripts in the British Museum with an English translation and notes* (London, 1865).

³⁵ A. SMITH LEWIS, *Apocrypha Syriaca*, Studia Sinaitica [3, 5, 9 y 11] (Cambridge, 1894, 1896, 1900, 1902).

³⁶ F. ROBINSON, *Coptic Apocryphal Gospels* (Cambridge, 1896).

³⁷ E. REVILLOUT, *Apocryphes Coptes du Nouveau Testament* (Paris, 1876), luego en 2 vols. en *Patrologia Orientalis* (1907 y 1913).

³⁸ E.A.W. BUDGE, *Coptic Apocrypha in the dialect of Upper Egypt* (London: British Museum, 1913-1915). Puede verse también del mismo autor su interesante traducción inglesa de textos coptos que recoge leyendas en torno a María: *Legends of Our Lady Mary the Perpetual Virgin and Her Mother Hanna* (London, 1922).

³⁹ AELAC = "Association pour l'étude de la littérature apocryphe chrétienne".

⁴⁰ *Apocrypha. Revue Internationale des Littératures Apocryphes* (Brepols).

persa; la etiópica; la armenia; y la georgiana, entre otras. Sumamente importante y esclarecedor es el cap. II. *Oriens christianus arabicus*, (pp. 23-29) con una visión, inevitablemente rápida, de las comunidades cristianas árabes en época anterior al islam, necesaria para encuadrar el fenómeno de la literatura cristiana en el mundo árabe, que se complementa con el cap. III (pp. 30-46), que trata expresamente de la *Literatura árabe cristiana*, campo en que se mueve primordialmente la investigación del Prof. Monferrer. Y, por último, el cap. IV, dedicado a un pequeño comentario de cada una de las obras seleccionadas en esta edición, haciendo especial hincapié en las fuentes utilizadas para la traducción. Una selección bibliográfica, dividida en tres apartados (1. Obras generales y de referencia; 2. Ediciones y traducciones; y 3. Estudios), cierran esta magnífica introducción que con brevedad y claridad sitúa al lector en el *Sitz im Leben* de los relatos apócrifos árabes. Respecto a la bibliografía, aunque es suficiente y bien escogida, añadiría en el apartado 3 (*Estudios*) una esclarecedora obra de Koester.⁴¹ Siguen, por último, las abreviaturas y abreviaciones usadas en el libro.

La obra se cierra con unos útiles índices: de citas bíblicas y apócrifos del AT y NT (pp. 315-323), de autores modernos (pp. 325-327), de nombres antiguos y lugares (pp. 329-332), y de materias (pp. 333-338).

He aquí, en resumen, una obra de gran interés, concebida con buen equilibrio en la selección de los textos y conducida a término con rigor. Su precisa y valiosa información no se agota en la introducción, sino que continúa, puntual, en las oportunas notas a pie de página, unas veces de carácter lingüístico, otras de carácter cultural. Una obra, en fin, que necesitábamos en lengua española y que de seguro servirá también para revalorar el legado literario oriental y, en concreto, el de las comunidades árabes cristianas.

⁴¹ H. KOESTER, *Ancien Christian Gospels: Their History and Development* (Philadelphia: Trinity Press International, 1990).